PRECIO: $ 1.50

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.° 3. 1.° de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

HUMO DE INCIENSO. — *Fernán Silva Valdés.*—Montevideo, 1917.— Los versos que forman este volumen evidencian el alma de un poeta enamorado de las sutilezas formales de la musa parisiense. Cantan, con exquisita variedad métrica, anhelos, amores y visiones galantes. Su acento es juvenil, un rumor de brisas cargadas de sol y de aromas.

Algunas de las composiciones del señor Silva Valdés, «Norma», «Oh, no poder», «Desfile», «Cuadro de invierno» y «El galgo», son sencillamente admirables. Al leerlas, sentimos el placer de su bien desenvuelta melodía verbal y la emoción de lo vivido y real, de lo que viene directamente de la sensibilidad, de lo que ha sido visto, sufrido o gozado por el poeta.

A pesar de algunas reminiscencias de ajenos decires, se advierte que esos trabajos son originales, pues a la belleza de la idea general se une la de los rasgos ilustrativos, nuevos y justos, como:

«La chimenea empieza
a guiñar su gran ojo de antiguo semidiós»

Cuadro de Invierno.

«a lo lejos las villas parecían de car-
[tón»

Polonesa.

La lectura de «Humo de Incienso» nos deja la impresión de que el señor Silva Valdés es poeta de mucho porvenir. Su dominio del lenguaje rítmico es grande, y su sentido de las proporciones en el desarrollo de los temas, agudo y claro. Sabe, como pocos, limitarse a lo estrictamente necesario; no se desorienta ni se desparrama. Cuando sus temas sean otros que los de éste su último libro, más elevados y ardientes, sus versos no tendrán nada que envidiar a los más hermosos.

ENGARCES.—*Pedro Leandro Ipuche.*—Montevideo, 1918.— La edición definitiva que este vigoroso poeta uruguayo ha hecho de sus «Engarces» lo coloca entre los más finos, serios e inspirados artistas de su tierra.

El señor Ipuche es rico de ideas y rico de expresión. Recorre la gama entera de los sentimientos, desde el amor a su suelo y a sus héroes hasta el amor a las ideas filosóficas más indecisas y vagas. Es regional y universal. Su estro pasa de una a otra cuerda de la lira con delicadeza y vigor no común. Para su arte no hay dificultades de técnica: las domina todas con el fervor de su verbo y de su emoción.

Creemos que el señor Yamandú Rodríguez ha estado en lo justo al decir, en el bello prólogo que ha escrito para «Engarces», que el poeta «ama plenamente la vida, y aprovecha los relámpagos para hacer ver sus panoramas. Su cantar es victoria en la brega con que amasa su frente el pan blanco del vivir humilde. Admiro esa esencia sonora, porque se desprende de su rudeza un vaho de optimismo; porque tiene metal para clarines y para campanas. Varonil soñador que recorre el espíritu en crepúsculo, cuando perfuman más las flores...».

EL CUENTO DE PEDRO CORAZÓN.—*Francisco Alejandro Lanza*—Montevideo, 1918.—Al brillante y numeroso grupo de los poetas uruguayos, siempre sinceros y cultos, se ha incorporado últimamente un nuevo lírico: el señor Francisco Alejandro Lanza.

Su primer libro ha sido un triunfo por la novedad de algunas ideas, la sinceridad del sentimiento y la rara pulcritud de la forma. Es un romántico moderno, es decir, exquisito y proporcionado, no vasto, ni tumultuoso.

Su libro trae un elegante, sereno y admirable Prólogo del señor don Daniel Martínez Vigil, y un Preludio de Pedro Corazón, en que el señor Lanza demuestra ser tan buen prosista como poeta. Algunos de sus párrafos, por la limpieza de su

ritmo ideológico y la proporción de sus elementos verbales, valen tanto como algunos de sus versos.

LAS PLEGARIAS DE LA CARNE. —*Julio Talanto.*—Antofagasta, 1917. —Entre la multitud de libros publicados en los últimos años por los poetas jóvenes, inspirados casi todos, pero con mucho de Maeterlinck y Rabindranath Tagore, el pequeño volumen de Augusto Iglesias, vibrante, pletórico de alegría y de amor a la luz, es una verdadera novedad.

El señor Iglesias no busca sugerir atmósfera de misterio, no divaga por lo abstruso, por lo místico o teosófico, no: dice lo que siente, sufre o anhela, en versos de línea melódica pura y de colorido sano, en versos bañados por la ya casi olvidada luz del sol. La juventud del artista corre por sus estrofas vehemente y ardorosa, en ondas de fuego y de sangre.

El carácter general de su obra, tan bien analizado por su prologuista, don Antonio Pinto Durán, es religioso y sensual, el mismo que tienen las obras que iniciaron el movimiento modernista en Francia y que tan agudamente estudia Morice en «La Littérature de tout à l'heure».

El señor Iglesias es uno de los poetas jóvenes de quienes se puede esperar más. Su lirismo se acerca al de los inspirados célebres por su salud moral, por la vehemencia de sus afectos y por la fuerza de su expresión.

EL ALMA DE LOS SONETOS.—*Benjamín Velasco Reyes.* — Santiago, 1918.—El autor de este libro, uno de los más sinceros y fecundos líricos de los que no han llegado aún a los treinta años, nos da en cincuenta sonetos, enlazados por un mismo soplo de vida, algo así como los sucesivos cantos de una epopeya moral. En su obra cantan la juventud y la primavera.

Si prescindiéramos de su último soneto, evocador del descanso eterno, diríamos que, a la inversa de Shelley, que pedía al viento del otoño lo convirtiera en su lira, igualándolo a la selva, ya que sus pensamientos, como las hojas, estaban prestos a caer y morir, el señor Velasco pide a los elementos gozosos de la vida que lo conviertan en su portavoz para decir la belleza de las ideas y de los sentimientos. Y para decirla con claridad, porque sus versos son sencillos y claros, son los que, al confundirse con la personalidad de cada inspirado, se tiñen de los más diversos tonos emotivos; pero mantienen, incontaminados de falsía, sus caracteres de humanidad. ¿No fué Brunetière quien dijo que las más sentimentales composiciones poéticas tenían, casi siempre, por tema, un lugar común, como el «Souvenir» de Musset y «La Tristesse D'Olimpio», de Hugo?

Sí, él fué, y estuvo en lo cierto, y por eso, para la apreciación de las poesías que no valen exclusivamente por su mérito artístico, el más difícil de alcanzar, no tenemos otro medio a que recurrir que el estudio de sus elementos humanos, los conocidos y eternos no los fugitivos por quisitoso abstrusos.

Pero los versos del señor Velasco no sólo valen por la suma de humanidad que ofrecen en el vaso de sus ritmos, sino por el mérito de la forma: son correctos. No llegan, indudablemente, a la corrección de los sonetos célebres, a los pulidos como las facetas del diamante para que luzca, por donde se le mire, la azulada trasparencia de sus aguas: tienen indecisiones en sus líneas ideológicas, desfallecimientos en su colorido emocional; pero no son nunca un enlace de valores morales y paisajísticos inarmónicos. El alma y la luz, los sentimientos y la tierra están siempre unidos en ellos por la virtud sintetizadora del poeta. Podríamos citar muchas estrofas que confirman lo que aseveramos. La unión de la forma y del fondo se efectúa en ellas de un modo definitivo, del alcanzado únicamente por la magia del verso. Muerta está, y para siempre, la creencia en la chispa

divina de los poetas; pero está viva, y para siempre, la creencia en que nadie dice de una manera más bella que él cuanto de augusto y de milagroso circula por las encantadas regiones del alma y la naturaleza.

PERFILES NATIVOS.—*Pedro Pablo Figueroa.*—Santiago, 1918. — Este libro nos trae el recuerdo de un amigo a quien admiramos por su laboriosidad, hombría de bien y entusiasmo por las letras y el arte.

Conocimos a Pedro Pablo Figueroa en nuestra adolescencia. Y hoy, que estamos lejos del «no admirar nada» de Salomón y del «admirarlo todo como un bruto» de Hugo, apreciamos mejor que nunca la labor en que nuestro amigo consumió las mejores horas de su vida.

No era Figueroa uno de los escritores que guardan, como oro en polvo, su saber; que se niegan egoístamente a dar toda información, a desvanecer dudas, o señalar un rumbo a quien por inexperiencia o falta de cultura y reflexión, no lo tenga definido y claro. Sus recuerdos, sus conocimientos literarios e históricos, sus libros, todo estaba a la disposición del joven o viejo que lo solicitara. Y es de advertir que su biblioteca de autores sudamericanos era la más rica de cuantas había entonces en Santiago. Quien quería conocer a los poetas y novelistas uruguayos, argentinos, colombianos, etc., tenía que acudir a él, y acudía con gusto, porque eran de todos conocidos y por todos alabados su desprendimiento y su bondad.

Nosotros aprovechamos también ampliamente de sus libros. Y así como no olvidaremos el gesto de agria displicencia con que un historiador de nuestras glorias nos recibió cuando, deseosos de satisfacer una curiosidad de colegial, fuimos a preguntarle en qué libro hallaríamos la explicación de las rayas verticales y horizontales que hay en el campo del escudo chileno, no olvidaremos la hidalguía de quien no titubeaba en poner los elementos de su trabajo, de que vivía, en manos de quien quisiera servirse de ellos para un fin literario o artístico. Y hay que tener presente que Figueroa no era acaudalado, y que, por no contar con la seguridad de reponer en sus anaqueles las obras que perdiera, habría sido justificada en él la avaricia bibliomaníaca que caracteriza a más de un escritor.

Sin haber recibido en su niñez una cultura vocacional, se la dió el mismo, leyendo, estudiando cuanto libro caía bajo su mirada ardiente y obscura. Sobre todo los que se referían al pasado de la patria. Para él, las leyendas más bellas y las más bellas historias eran las nacionales. Su memoria se convirtió, por la asidua y ordenada lectura, en un archivo. En ella estaban desde la anécdota del aventurero ladino a los planos de una campaña bélica, y desde la fecha de una ley, a la doctrina del orador o del filósofo. Era un erudito y un entusiasta. Los adalides de nuestras guerras tenían, para él, la grandeza de los cantados por los Poemas, y los de nuestra política, la grandeza de los celebrados por las Historias.

Su actividad era estupenda. Sus obras pasan de treinta. No son ellas seguramente perfectas. ¿Quien las ha escrito? Su estilo es descuidado, su documentación deficiente; pero ¿se le podía exigir más a quien no contaba con medios de pagar un copista, ni de rentar a un secretario experto? Escritas, a la inversa de otras, con más talento que estudio, el lector minucioso y detallista puede advertir en ellas, más de una de esas imperdonables faltas que consisten, verbigracia, en omitir el nombre materno del soldado que llevó un pliego a tal capitán, en tal incidencia de tal combate, en tal guerra... de montoneras; pero el lector que prescinda de esas minucias hallará, en cada página, más de un pensamiento digno de loa y más de una frase llena de vida y de verdad, como en la «Introducción a las obras de Francisco Bilbao» y en la «Historia de los Constituyentes».

El pormenor tiene en la historia

innegable importancia; pero no la tiene menos el espíritu del tiempo que en ella se estudia. El escritor que agota los documentos privados y oficiales, los libros y los diarios, está en situación privilegiada para dar a conocer las ideas dominantes en el período histórico que ahonda y para analizar la lucha de ellas con las ideas contrarias, luchas que determinan, casi siempre, los acontecimientos historiales. El estudio de Lastarria sobre Portales dice más, en sus cien páginas, sobre la psicología del ilustre político y de su época que los dos gruesos volúmenes que dedicó al mismo tema D. Benjamín Vicuña Mackenna.

Para enaltecer la nombradía de Figueroa faltaba la publicación de sus trabajos exclusivamente literarios, y entre ellos, los dedicados a evidenciar la hermosura de las bellezas araucanas. Es lo que ha hecho su hijo, el fino intencionado caricaturista Chao, con la edición de «Perfiles nativos», libro de que gustarán todos los que aprecian, en su justo valor, las tradiciones nacionales.

DE LA TIERRUCA CHILENA.—*Clemente Barahona Vega.*—Santiago, 1915, 1916 y 1917.—El autor de estos tres pequeños volúmenes es un espíritu curioso. De inteligencia clara e innegable cultura literaria, ha preferido dedicarse, más que a decir sus ideas y sentimientos, a investigaciones de carácter histórico-anecdótico, diremos. Sus libros—los que conocemos—son estudios sobre el origen de algunos refranes, recopilaciones de versos sobre las rosas o florilegios de historietas populares. El intento del señor Barahona en *De la tierruca chilena* es laudable: lucha por salvar del olvido los chispazos del ingenio criollo, no abundantes ni de una gran ley, pero originales y dignos de ser recogidos antes de que desaparezcan bajo el alud de los inspirados por la gracia extranjera.

CRISTÓBAL COLÓN. — *Enrique Sanfuentes Correa.*—Santiago, 1918. —En las Conferencias que, a poco de llegar a Santiago, dió el Marqués de Dosfuentes sobre «Instituciones Ibéricas» se evidenció, una vez más, que nuestro público, tal vez como el de todas partes, se deja influir hasta el desvarío por la simpatía o la prosopopeya de un orador, más que por su saber y talento. El Marqués de Dosfuentes fué, durante algunas semanas, el asombro de nuestras damas y el estupor de nuestros hombres de ciencia. Hubo señora que lo creyó un genio, pero hubo entendidos que lo creyeron un loco. No era, sin embargo, ni lo uno, ni lo otro: era un orador de palabra fácil, de correcta dicción y de agradable figura que barajaba, sin conocerlas a fondo, pero con habilidad, las teorías y las historias. Cuando hablaba, su locuacidad parecía elocuencia y su fantasía, conocimientos. Su reputación crecía y habría seguido creciendo de modo alarmante para los intelectuales chilenos, si algunas personas como el agudo crítico Leo-Par y el erudito escritor señor Roberto Hernández no lo hubieran llamado a cuentas en *La Nación* de Santiago y en *La Unión* de Valparaíso, respectivamente, y si, por último, no le hubiera dado el golpe de gracia el señor Sanfuentes Correa con el libro que acaba de publicar sobre: *Cristóbal Colón y su detractor el Marqués de Dosfuentes.*

El señor Sanfuentes concreta su obra a la refutación de lo sostenido por el Marqués en su Conferencia sobre «La Comedia y el Drama del Descubrimiento de América: Alonso Sánchez de Huelva, su verdadero descubridor, y Cristóbal Colón, español». Según el señor Sanfuentes, el Marqués lo ha falsificado todo: los hechos y los textos; no sabe cómo pasaron las cosas, ni cómo se traduce el latín que las narra... Para probar sus afirmaciones, el señor Sanfuentes recurre a cuanto libro se ha escrito sobre la materia, cita los lugares pertinentes y concluye demostrando, con admirable y ordenada erudición, los errores del Marqués. Por su manera de tratar el asunto en discusión; la amplitud de conoci-

mientos que evidencia y el intento de hacer respetar el público chileno, el libro del señor Sanfuentes tiene, pues, un valor triple: está bien escrito, está bien fundado y es patriótico.

EL DISFRAZADO AUTOR DEL QUIJOTE IMPRESO EN TARRAGONA FUÉ FRAY ALONSO FERNÁNDEZ.—*José Toribio Medina.*—Santiago, 1918. Cada uno de los libros que el señor Medina publica aumenta nuestra admiración por sus estupendas cualidades de escritor y de hombre de ciencia. Cuanto pudiéramos decir de su claridad de exposición, de su estilo sereno y sobrio, y del orden admirable con que aduce sus argumentos y sus datos y sus pruebas, quedaría muy lejos de la realidad. Para el señor Medina, hacer un libro sobre cualquier tópico histórico de los siglos que conoce hasta en sus incidencias menos significativas, es algo que no le demanda un gran esfuerzo, pues su saber es de tal magnitud que le basta recurrir a él para que la obra le resulte sencilla y fácil.

Esto se revela claramente en su última obra. Está escrita con tal soltura que aun al tratar los puntos de más difícil dilucidación lo hace como quien trata algo que le es enteramente familiar. En ella, después de probar que Alonso Fernández de Avellaneda es el nombre y no el seudónimo del Quijote tarraconense, llega a dos conclusiones importantísimas: primera, que Avellaneda era fraile dominico, y segundo, que no pudo ser aragonés, como lo pretenden los hispanistas empeñados en despejar el anónimo.

El libro viene precedido de una encomiástica carta-prólogo del filólogo y admirable poeta D. Julio Vicuña Cifuentes. Bastaría citar algunos párrafos de ella para despertar interés por conocer in extenso el erudito estudio del señor Medina. Así, aplaudiendo la dedicación del autor a las investigaciones históricas, dice: «Se duele Ud. con razón de la falta de elementos, algunos indispensables, con que tropieza el investigador americano cuando escribe de asuntos que se rozan con la literatura española. Esto no puede remediarse; pero si es grande la molestia que de ello resulta, el mérito crece también en proporción de las dificultades vencidas».

Y es cierto; nada más meritorio que la tenacidad con que el señor Medina prosigue sus trabajos de investigación histórica y científica, trabajos que le valen, con toda justificia, ser considerado, por propios y extraños, como un hombre para quien no existen puntos obscuros en el pasado de América y España.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

«LA HORA DE QUEDA».—Iris es para mí el más interesante tipo de escritora que haya conocido. Interesante, no por su erudición, ni por su transcendencia, ni aun por su valor literario. No; es interesante por su feminidad, por su sincera feminidad, algo inconsciente y desordenada, pero sinceridad, a fin de cuentas, y, por lo mismo, con una sabrosa frescura de vida, con genialidades conmovedoras o descuidos igualmente conmovedores.

Vuelvo a insistir en la sinceridad humana de Iris. Me parece esta valentía moral el *alma mater* de su complexión espiritual. Sin esa audacia desenfadada de la frase y del concepto, creo que el humorismo de Iris perdería su fuerza, su más poderoso atractivo, su única razón de existir, intelectual y literariamente.

En este sentido conviene anotar qué es lo que Iris defiende y qué es lo que ataca, en una palabra, qué móviles sociales o filosóficos la inducen a tomar la pluma y escribir con la exuberancia y facilidad que la caracterizan... Hablo, por de contado, de la Iris contemporánea, porque a la otra no la conozco. Sé de narraciones de viaje y crónicas de teatro, publicadas hace algunos años, elogiosamente comentadas entre los escritores.

A primera vista, la impresión espiritual es desconcertante.

Se nos ocurre una mujer creyente, casi mística, enamorada de la liturgia cristiana: se nota, como en los confesonarios, un grato olorcillo a incienso que vanamente la escritora tratase de desvanecer a manotones; poco a poco, sin embargo, va uno habituándose a este ambiente simbólico y paradójico en que, junto al encaje multicolor de un vitral, se desvanece la nebulosa de una aspiración teosófica y junto a una hermética finisecular a lo Rachilde, una beata de pura estirpe chilena, fea y despreciable como una manzana podrida; se ve, en medio de esta atmósfera disparatada, el alma de la escritora, la paloma femenina con garras de gavilán, llena de una aspiración mística, sin incienso esta vez, de renovación moral, de *odio a un pasado de colonia en que la Catedral y el viejo caserón se guardan solidaridad de amigos en tierra extraña, en la ciudad que se moderniza lentamente*, según sus propias y agudas frases.

A pesar de que el penetrante estilete de su ironía, mojado en gracia francesa, desgarre implacable ese ambiente colonial que se me aparece como un gran convento solitario donde vagan sombras misteriosas de monjes encapuchados, noto en Iris como un doloroso renunciamiento de ese pasado: ella lo destroza, lo satiriza, pero no lo desprecia: pone una punzante poesía al describir las cuchicheantes lágrimas de las lámparas antiguas, los muertos reflejos de los muebles de caoba, el recogimiento conventual del caserón visitado por curas comadreros: una honda tristeza envuelve en su media luz la hora de queda que es forzoso dejar a un lado, pues, el progreso, con lenta seguridad, va limpiando ese moho sucio de vejez como el follaje nuevo de primavera los carcomidos gajos de los robles. Voy hacia la luz, dice Iris, porque otra cosa no puede hacer una mujer moderna que cree en la teosofía y ha publicado un libro en francés, pero es tan poética esa hora de queda, con sus campanas líricas, ya roncas, ya agudas, o mezcladas en concierto, con sus fraile terroríficos, con sus beatas atormentadas, con sus macizos caserones sin estilo, que sirven a los dibujantes para hacer hermosas portadas a libros no menos hermosos...

Es realmente Iris el más interesante tipo de escritora americana que haya conocido.

MARIANO LATORRE.